

Sentido del retorno a Lacan desde Freud, o ¿qué sentido del neofreudismo?

Por: Eduardo García Silva

¿Qué es de Lacan sin Freud y qué sería de Freud en estos días sin Lacan?.
¿Por qué es importante hablar de esto a cien años del nacimiento de Lacan?,
¿Cómo es posible un retorno desde Freud hacia Lacan?; realmente hace cien años Lacan no era ya Lacan y Freud ... estaba solo.

Efectivamente en el origen Freud se encontraba solo, él mismo no dejará de denunciarlo así en diferentes momentos¹, la manera en que daba cuenta de sus descubrimientos era principalmente la correspondencia que mantenía con Fliess en quien encontraba una escucha, digamos, **su** escucha. A su vez, Fliess le escribía a Freud sobre sus propias elucidaciones en materia de sus investigaciones –las de Fliess- y acusaba recibo de las de Freud mediante comentarios respecto a aquellas ideas. Así pues, una relación epistolar daba cuerpo a unas teorías nacientes, o bien a dos delirios, o bien, a una teoría y a un delirio respectivamente, si juzgamos por sus efectos finales. Bien; en este ir y venir de ideas se va construyendo igualmente un saber, un saber que daba cuenta de lo inconsciente, pero, ¿había que darle cuenta a alguien de dicho saber?, tal parece que en la puesta en juego de una *publicación* de lo que será el psicoanálisis, no dejaba de jugarse también el deseo de Freud, deseo de reconocimiento (y de reconocimiento), o vaya Dios a saber de qué deseo más se trataba en Freud, lo cierto es que se volvió prioritario para él que estos descubrimientos llegaran a otros y fueran aceptados, de esto no cabe la menor duda, puesto que Freud mismo se ocupó de ello en los debates que mantenía con interlocutores imaginarios en defensa del psicoanálisis² y en los que mantenía con ¿interlocutores? reales que no dejaban de cuestionar sus proposiciones, por

¹ Freud, S.(1914) Contribución a la historia del movimiento psicoanalítico, tomo XIV, Amorrortu editores, p.7.

² Como es el caso de la defensa que hace de la práctica clínica de Theodor Reik en 1926 publicada con el nombre de “¿Pueden los legos ejercer el análisis?”, tomo XX en Amorrortu editores.

mucho que después se mantuviera con una actitud de reserva ante las reacciones de los círculos médicos –principalmente-, o que incluso cuidara que no “cualquiera” ingresara a la también naciente *sociedad psicoanalítica*. En fin, la cuestión es que esta producción freudiana generó toda una construcción teórica y clínica sobre el sujeto mismo –pero no solo eso-, y esta construcción demandaba una manera de transmitirse. Digo transmitirse en tanto que el psicoanálisis se transmite más que se enseñe, aunque algunos se ensañan al enseñarlo. Y este es el punto central de nuestra reflexión acerca del retorno a Freud que Lacan propuso y que constituye el retorno a Lacan desde Freud, pues el retorno a Freud no puede ser sino por medio de la transmisión del psicoanálisis, que no por su enseñanza-aprendizaje, ya que en psicoanálisis aprehendemos antes que aprender, diré incluso que la única manera que se tiene de aprender del psicoanálisis o sobre él, es precisamente aprehendiendo *desde* él.

En el momento pues, en que Freud ya no estaba solo comenzaron los problemas, ¿quién podía ejercer el psicoanálisis y quién no?, ¿quién daba la autorización?, ¿qué cambios en la doctrina o en la técnica eran válidos por los nuevos descubrimientos?, podremos preguntar ¿quién se podía poner el anillo de psicoanalista?. Los resultados los conocemos: Jung, Adler, Reich, y más adelante: Ana Freud, Klein, Lowenstein, Kriss. Si bueno, pero ¿y Lacan?.

Cada uno de los analistas recién mencionados³ hizo escuela, su escuela, llevó a cabo una enseñanza de lo que según ellos el psicoanálisis era; pero seguramente también hicieron transmisión, aunque ya no del psicoanálisis. La mayoría, ahora lo podemos ver, lo hicieron al costo de alejarse del psicoanálisis mismo, aquello que pretendían engrandecer, vinieron a mutilarlo, so pretexto de “actualizarlo” y beneficiarlo. Aquí acentuaremos lo dicho: querían actualizar al psicoanálisis, como si se tratara de ponerle un sello nuevo con una nueva vigencia que duraría *mientras* no hubiera otras “bondadosas aportaciones” de

³ Los llamaremos así en beneficio de una lectura práctica, más allá de si son psicólogos del yo o de ¿las profundidades?.

descubrimientos nuevos; desconociendo en este intento la realidad del inconsciente, anulación perversa de una de las principales aportaciones de Freud: que el inconsciente es, existe, insiste y va. ¿qué pretendían con insertar una temporalidad lógica en el inconsciente?, o más bien, ¿qué pretendían con insertar al inconsciente a una temporalidad que por sus propias características no tiene?, como si el inconsciente tuviese caducidad o se tratara de una *moda* en tanto que visto así, el inconsciente podría variar de un momento a otro. Ahora bien, digo que de lo que se trata justamente es de actuar el psicoanálisis más que de actualizarlo, pues su transmisión no es posible si no es mediante el acto analítico mismo.

Entremos pues en materia, una vez que se había hecho del psicoanálisis una tecnocracia puesta al servicio de la cultura *fast-food* y de la “vida práctica”, donde era más importante que el sujeto se adaptara a su medio objetivando y objetivándose él mismo en detrimento precisamente de su subjetividad, Lacan lanza una llamada de atención al respecto y propone volver el psicoanálisis a sus fundamentos, no por casualidad el primer seminario que se edita de él es el décimo primero, *Les quatre principes fondamentaux de la psychanalyse*, donde el inconsciente, la repetición, la transferencia y la pulsión están enmarcando sus reflexiones, momento de exclusiones y de escisiones en la Sociedad Francesa de Psicoanálisis y momento de reivindicaciones para el freudismo en Francia, el año: 1964.

Ahora bien, aquel movimiento que se pretendía como freudiano, pasó a ser inevitablemente lacaniano, pero diremos nosotros que fue un lacanismo en tanto que freudismo. Ese movimiento no cesó por no haber podido acceder a los organismos “reconocidos” que existían en el psicoanálisis y si se mantuvo fue precisamente por la *transmisión* que lograba del psicoanálisis; así pues, mientras su enseñanza era condenada y prohibida, la transmisión hizo lo suyo. Entonces diferenciamos entre ambas, donde una solamente otorga datos e información, la transmisión permite una experiencia y una formación, formación del inconsciente.

Sabemos también que Freud no dejó de expresarse al respecto y encontramos su postura en escritos como *Sobre el psicoanálisis "silvestre" (1910)*; *¿Debe enseñarse el psicoanálisis en la universidad? (1918)*; *¿Pueden los legos ejercer el análisis? (1926)*; entre otros, su postura es la misma: no se puede tener como garante de una práctica psicoanalítica –digamos de la formación de un analista– solamente el estudio sobre psicoanálisis, es preciso que se viva la experiencia en el análisis personal además de aquel estudio; así las cosas, el diván resulta el único lugar donde la trans-misión del psicoanálisis se hace posible. Dicho esto no resulta extraño que las propuestas de Lacan se hayan logrado transmitir aún en falta de un "Instituto lacaniano", o de un "Organismo lacaniano", quizá justo por no haberlos, dicha transmisión se dio ... y cedió. Resulta curioso también señalar que esta transmisión lograda debido a una falta, la de los organismos tutores, se construye en la falta misma, en aquél objeto "a" de la hiancia, de la carencia, de la ausencia y del deseo.

Las aportaciones de Lacan cobran su importancia en la medida en que la filosofía y la lingüística contribuyeron a una relectura de los textos freudianos; un puente fue tendido entre estas disciplinas. Vale ahora que nos preguntemos si Lacan era freudiano, como él mismo lo declaró en Caracas.

Indudablemente que fue uno de los más "concienzudos" (¿o inconscientes?), lectores de Freud. Su propuesta de retornar a él apunta principalmente al reconocimiento de las características propias del inconsciente y, por ende, del psicoanálisis. Decíamos que éste, se encontraba –o más bien se perdía– en un afán de adaptabilidad que ignoraba su factor subversivo. Pretensión de adaptabilidad que pone en acto un desconocimiento del sujeto mismo; mito optimista de que la falta, de alguna manera, podría ser colmada y la pulsión domeñada. No nos asombra que el enérgico rechazo mostrado para con Lacan haya sido tal, puesto que, tal como le sucedió a Freud con la *Traumdeutung*, no es más que la re-acción de quienes verdaderamente se sintieron –y de quienes se sienten ahora todavía– cuestionados por dichas propuestas y críticas, en tanto

ponen el dedo sobre la llaga, es decir la excomunión del lacanismo en la International Psychoanalytical Association tiene todo el valor de una denegación. Las consecuencias las sabemos: prohibición para citar a Lacan en escritos psicoanalíticos, nulificación de la formación de analista para quienes la emprendan en esta orientación, o sea, un no-reconocimiento como analista en tanto que no habría la autorización de la I.P.A para habilitarse como tal; prohibición para asistir a sus seminarios, etc.

Ahora bien, la transmisión que siguió a esta exclusión de lo que pretendía ser la salvaguarda del psicoanálisis⁴ nos es bien conocida; gracias a esta exclusión, el psicoanálisis tenía un lugar propio en intensidad y en extensión, pues no tenía ya que adherirse a los cánones y criterios institucionales que demandaban una sumisión del candidato a analista, digo sumisión porque en la institución concebida de esta manera “oficial” existe efectivamente una jerarquía a la que el candidato –esta nominación de candidato denuncia ya dicha jerarquización- se somete a una autoridad que como tal, en su momento, lo autorizará como psicoanalista.¿ Hay mejor ejemplo para dar cuenta del deseo como deseo del otro en una institución de psicoanálisis, que de esta manera neutralizaría, por no decir neurotizaría, una formación en tanto que no habría advenimiento del sujeto sino más bien una identificación con El Psicoanalista, que en última instancia no existe en tanto que se trata de un ideal?; como si fuera posible que lo inconsciente se sometiera a criterios institucionalmente erigidos en nombre de un *estándar* formativo, toda vez que esta perspectiva implica el supuesto de que habría igualmente un estándar para la formación del inconsciente, y esto a su vez, implica que el inconsciente sería exactamente lo mismo para un sujeto que para otro. Toda la enseñanza freudiana evidencia que si hay algo que no puede ser encuadrado a un marco externo a sí mismo ni concebido a priori, eso es el inconsciente, para el cual, la formación será siempre en lo particular, en lo subjetivo. No hay pues La manera de “interpretar” un lapsus,

⁴ Además la “salvaguarda oficial”, como si el psicoanálisis fuera posesión de alguien. Afortunadamente Freud nunca puso un pie en la oficina de patentes.

como no hay tampoco una receta para La interpretación de los sueños, y esto debido a que no hay *El lapsus* o *El sueño*, así pues, El lapsus no existe, El sueño tampoco; en el psicoanálisis nos las vemos –¿o debería aquí de decir: nos las escuchamos?- con los lapsus del sujeto en cuestión, con los sueños del sujeto en cuestión, con la transferencia del sujeto en cuestión, de tal modo que no podremos nunca tener una interpretación a priori de lo que significaría cada lapsus, sueño o transferencia en diferentes sujetos puesto que la posición que cada uno de ellos tendrá en su análisis será bien particular y finalmente quien dará la interpretación a estas formaciones del inconsciente es el sujeto mismo, toda vez que la interpretación es de quien la hace. Pero si aceptamos también que el deseo es su interpretación, entonces en cada interpretación que el sujeto haga de sus síntomas, lapsus, sueños, etc, no dejará nunca de poner en juego su propio deseo.

Es cierto que el psicoanálisis ha tenido fuertes atentados desde sus opositores, pero es igualmente cierto que es desde sus “seguidores” desde donde más daño se le ha hecho, tal como Freud mismo lo advirtió. Con el movimiento iniciado por Lacan nos topamos ahora con algo semejante: exclusiones y escisiones, basta con ver la cantidad de posturas en el lacanismo. Hay quienes parecieran detentar la “potestad lacaniana”, ahí por consecuencia son más Millerianos que lacanianos. Ahora bien, ¿por qué sería necesaria e inevitable una exclusión entre el freudismo y el lacanismo?, ¿un analista lacaniano, por serlo, es menos freudiano?, ¿no radica justamente ahí la propuesta de Lacan: el retorno a Freud?, ¿no se decía Lacan freudiano?, ¿por qué entonces un analista tendría que ser o lacaniano o freudiano?. Sin embargo, si escuchamos más detenidamente a Lacan, nos podemos encontrar con que esa ya famosa frase de su último seminario “*sean ustedes lacanianos si quieren, yo soy freudiano*”, detrás de proponer esa concordancia de la postura de Lacan con la de Freud, también evidencia la distinción: lacaniano o freudiano, en tanto que al decirse lacanianos sus seguidores, Lacan no lo es, él es freudiano. Se me antoja jugar con esa frase y proponer en lugar de aquella un “*sean ustedes lacanianos si quieren, y serán*

freudianos”; o bien, “*sean ustedes realmente freudianos y serán lacanianos*”. Acá podemos pensar en esos momentos en que encontramos a Freud siendo laciano, como cuando, por ejemplo, en su trabajo del Unheimlich de 1919 parece ya tratar de esa relación imaginaria del otro especular, ahí Freud nos dice:

“...el carácter de lo ominoso sólo puede estribar en que el doble es una formación oriunda de las épocas primordiales del alma ya superadas, que en aquél tiempo poseyó sin duda un sentido más benigno. El doble ha devenido una figura terrorífica del mismo modo como los dioses tras la ruina de su religión, se convierten en demonios.”

Además es muy interesante ver que en el texto de Amorrortu el Otro aparece con mayúscula, pero en el original en alemán el otro está escrito con minúscula; ¿entonces el laciano es Etcheverry, o qué lo lleva a hacer este cambio en la traducción?. Así pues, se apunta al Otro en castellano donde más bien correspondería al otro especular -¿espeluznante?-.; pero en 1905 con *El chiste y su relación con lo inconsciente* Freud introduce a ese Otro –ahora sí con mayúscula- cuando dice que para que un chiste sea tal y como tal tenga efecto, es indispensable la participación de un tercero. Esta lectura nos lo evidencia entre líneas, pues ciertamente Freud no apunta el Otro con mayúscula pero si da todos los elementos que le constituyen en tanto lenguaje y lugar de significantes, eso justamente que permite que un chiste se constituya y tenga efectos, donde lo que se dice está justamente entre líneas y es leído gracias al lenguaje que no le pertenece a quien cuenta el chiste ni a quien lo escucha, sino al Otro donde los que se vienen a inscribir en este orden discursivo son los participantes del chiste, sin olvidar a ese tercero que es el objeto del chiste y sin el cual tampoco sería posible. Además, quien tenga el cuidado de leer los primeros y a mi parecer, los principales escritos freudianos: *La interpretación de los sueños* (1900), *Psicopatología de la vida cotidiana* (1901) y *El chiste y su relación con lo inconsciente* (1905), sin interpretar lo que Freud haya querido decir, sino

escuchando lo que sí dice, se dará cuenta fácilmente de que el análisis no puede ser, ni hacer, sin el discurso, sin las palabras, sin lenguaje.

Ahora bien, desde la teoría se hace evidente una toma de partido y entonces alguien se dirá lacaniano, freudiano, kleiniano, etc; según las mismas propuestas teóricas a las que se adhiera; pero desde la clínica bien puede resultar un abuso tal nominación: ¿qué le importa al analizante si el analista es lacaniano o freudiano?, o ¿qué le importaría al analista nombrarse así ante su analizante?. El acto analítico que surge en la sesión donde el analizante habla y el analista escucha e interviene, se encuentra más allá de la concepción de una nominación que encuadre aquel decir o aquella escucha; nos referimos a que no cambia nada para el paciente que el analista se diga tal o cual; en todo caso, eso lo dirá el analizante, pues tanto el analista como el analizante son producto del acto analítico, se juegan en él y al mismo tiempo lo crean con su presencia, con su discurso y su escucha. Dilema del huevo y la gallina, ahí donde un psicoanalista no antecede al acto del análisis, como tampoco lo antecede el analizante, éste último no será analizante hasta que inter.-venga en el acto analítico, al igual que no hay psicoanalista antes del acto analítico –ni después-, el analista es también él efecto de dicho acto, es decir, el lugar de la escucha, no cualquier escucha. Así pues, apellidar al psicoanalista de lacaniano o freudiano compromete una toma de postura que es imposible en tanto solamente se podrá decir de un analista o de un análisis que sea lacaniano o freudiano a posteriori , es más, un análisis sólo habrá sido a posteriori, un analista sólo habrá sido a posteriori, independientemente de su apellido. Pero hablar del apellido nos remite y re-mete- desde luego en el nombre del padre, entonces vemos a los hijos en el consultorio cargando con ese nombramiento que no son ellos, los nombra a ellos y sabemos por la clínica cuanto peso puede llegar a tener el nombre del padre, tanto que el sujeto queda eclipsado en tal nominación y no es; no es por vivir y realizar el deseo del padre que no el suyo propio, he ahí una de las direcciones de la cura en el análisis: que el sujeto advierta y asuma su deseo y pueda luego también apropiarse de su nombre propio que no lo era hasta antes de su análisis. Ahora bien, ¿el analista

entonces podría ir por la vida cargando un nombramiento, ese apellido a partir del cual intentaría constituirse como tal?, pues si es lacaniano tendrá que hacer las cosas a “lo lacaniano”, o si es freudiano tendrá que hacerlas a “lo freudiano”, ¿o más bien, por lo que hace el analista deviene sólo después como lacaniano o freudiano?, pero además queda por aclarar qué es eso de lacaniano y freudiano.

Sabemos que Freud no era freudiano en los momentos en que analizó a miembros inmediatos de su propia familia, a conocidos cercanos a la familia, cuando recibía ayuda de sus pacientes, cuando atestaba su consultorio con figurillas que mostraban sus gustos, etc; Lacan, por su parte tampoco era lacaniano de vez en vez: tirarle macetas a un paciente, meterle el pie a otro, suspender su consulta por asistir al funeral del padre de una paciente, por mucho que estos actos hayan tenido efectos como intervenciones en lo real. La clínica pues, es al momento en que se hace, el analista lo es sólo a partir de su participación en el análisis y ... a press coup.

Actualmente, para finalizar, vemos a analistas que proponen un Lacan sin Freud en tanto le sitúan más allá de Freud; y “más allá”: ¡pues los muertitos!: asesinato de Lacan pues, que surge cuando se le intenta colmar como autor, o sea, cuando se pretende hacer de él un autor sin falta, hacerle prescindir de Freud, ignorando que Lacan no va más allá de Freud, sino que, si puede justamente ir más allá en el psicoanálisis, es porque va con Freud, aún cuando sea para decir que no está de acuerdo totalmente con él, justo por poder decirlo. Un Lacan sin Freud es ya otra cosa, ora un tótem, ora Otro, ora un muerto, pero no el que Lacan mismo proponía como lugar del analista; ahí no hay menos una sacralización de Lacan que la que hubo de Freud en los posfreudianos.

Pretender que Lacan se desentienda de Freud es ya desentenderse de Lacan, en todo caso es ser poslacaniano, no lacaniano, así como los posfreudianos, sabemos, no son freudianos; así pues la única vía que se nos presenta para ir con Lacan es Freud.

En cuanto a la enseñanza de Lacan podemos decir que hubo una enseñanza de la transmisión en y del psicoanálisis, de la misma manera en que ahora existe una transmisión de la enseñanza lacaniana: retornar a Freud.

Marzo-2001.